

# Introducción Epistemológica al estudio de la Política

Por

HECTOR JULIO MARTINOTTI

---

*No quiero que se repute presuntuoso que un hombre de baja e infima condición se atreva a discurrir y a regular los gobiernos de los príncipes; porque, así como aquellos, que dibujan los países, se ponen abajo en la planicie para considerar la naturaleza de los montes y alturas, y para considerar las llanuras ascienden a los montes, así también para conocer bien las naturalezas de los pueblos es preciso ser príncipe, y para conocer bien las de los príncipes es preciso ser pueblo.*

NICOLÁS MAQUIAVELO

Si intentamos delinear el perfil de una ciencia corresponde —desde el punto de mira epistemológico— retomar la senda inicial del saber humano. En tal sentido conviene aclarar que todo saber o *nóesis* es una actividad psíquica mediante la cual, un objeto, que se encuentra presente ante nuestra facultad cognoscitiva, se nos re-presenta mentalmente, con un nuevo tipo de presencia referencial que retiene sólo sus notas constitutivas. Por el contrario, todo hacer o *praxis* es una actividad, que produce o modifica la existencia objetiva de un ente, proyectándolo frente a nosotros y convirtiéndolo en un objeto nuevo o distinto a lo que era. Mientras conocer es una operación que subjetiviza un objeto, hacer es una actividad que objetiviza un sujeto.

Puede clasificarse el saber humano, en orden a criterios diferentes. Así podemos diferenciar —en vista de la perfección del conocimiento— el saber *dogmático* (meramente mostrativo del qué de las cosas), del saber *científico* (demostrativo del por qué, según causas próximas) y del *filosófico* (fundado en causas últimas o supremas). En cuanto a la finalidad del conocimiento, puede ser *descriptivo* (limitado a dar cuenta de su objeto) o *prescriptivo* (si establece criterios para su modificación o perfeccionamiento). Finalmente, atendiendo a su continuidad, se distingue el saber *aislado* (ocasional o habitual, pero asistemático) del *saber disciplinar* (sistema metódicamente elaborado de conocimientos).

Cuando la praxis humana externa intersubjetiva modela su acción en la órbita de un grupo instituido para ciertos fines, estamos en presencia de un *fenómeno social*. Cada tipo de fenómeno social resultará especificado por la funcionalidad immanente que desempeña, en los conjuntos de los cuales constituye su trama. Así, verbigracia, los fenómenos domésticos y económicos se corresponden con las respectivas finalidades inherentes a la familia y a la empresa. Una peculiar suerte de actos sociales tienen por destino coordinar y regentar la armónica compatibilidad de los demás, en el marco institucional responsable de la duración histórica del ayuntamiento total. A tales fenómenos los calificamos de *políticos* (de *polis*, comunidad) y a la institución de donde emanan *Estado* (o *politeia*).

Cada disciplina científica abarca, en su menester, cierto contenido que compone su *objeto material*, pero fundamentalmente implica una especial manera de habérselas con su tema, un enfoque particular que la especifica como autónoma de las otras; y a ésto le llamamos su *objeto formal*. Todo conocimiento sistemático empírico-causal sobre la praxis humana intersubjetiva grupal, vale decir, toda ciencia que atienda al fenómeno social como materia o contenido de su saber, constituye una *disciplina social*. Puesto que el género incluye a la especie, son disciplinas sociales todas las *disciplinas políticas*, es decir, aquellas que explican el fenómeno político: Historia Política, Derecho Político, Economía Política, Sociología Política, Ciencia Política, etc.

Pero si las disciplinas políticas se semejan, por atender al mismo objeto material (fenómeno político), se diferencian en cambio por la diversidad de sus respectivos objetos formales. Así la Sociología Política desentraña lo político en cuanto cumple un papel social; la Historia Política lo estudia en la medida que se articula en el pasado; y el Derecho Político porque es jurídicamente regulable. Lo mismo cabe expresar de otras disciplinas (Geopolítica, Biopolítica o Psicopolítica), en cuanto consideran relevante este objeto material en relación a otro, que constituye el núcleo de su intencionalidad cognoscitiva. Se trata de partes especiales de ciencias que las engloban (Sociología, Historia y Derecho); por éso se sustantivan con el nombre de cada una de ellas y se adjetivan con el calificativo "político".

No es éste el caso de la Ciencia Política. Su objeto formal consiste en estudiar el fenómeno político en sí mismo, no en cuanto social, jurídico, histórico, económico o psíquico, sino en tanto función técnica de conducción comunitaria que desempeña el poder público. No se nos escapa el papel auxiliar que cumplen las demás disciplinas políticas y, en grado eminente, la Filosofía Política, como asimismo —más mediatamente— el resto de las ciencias sociales y humanas. Pero una cosa es la colaboración interdisciplinaria, que necesita el politólogo para completar sus investigaciones desde múltiples enfoques y otra muy diferente, que le esté permitido incluir en su disciplina desarrollos extraños al objeto formal que le compete.

Ha sido lugar común, afortunadamente hoy poco transitado, considerar a la Política ciencia *práctica*. Izurieta Craig desaconseja tal nomenclatura,

que es semillero de equívocos y confusiones. Toda ciencia es especulativa (de *speculum*, o espejo donde se refleja el saber) y toda *praxis* es acción, independientemente que el conocimiento se refiera a la acción o ésta se funde en un saber previo. La ciencia de la vida o de la muerte no tiene porqué denominarse ciencia vital o mortal, igualmente la que estudia cierta *praxis* no tiene porqué llamarse práctica. La posible utilización posterior del conocimiento es un problema extrínseco a los fines específicos de la inteligencia que lo configura. Tan especulativo es el saber de algo útil como de algo inútil; el conocimiento se mide por su veracidad o falsedad, no por su rendimiento. Otro asunto es que descubra normas o reglas aplicables a la acción o *praxis* que estudia (sean éticas, jurídicas o técnicas) y entonces puede denominarse *prescriptivo*. Tal ocurre con el saber político, sea científico o filosófico.

La antigua estirpe de la Política, que se remonta a las disquisiciones peripatéticas, se compadece —paradojalmente— con su reciente perfil autónomo no muy pacíficamente establecido, con las notas críticas inherentes a toda novedad científica. Frecuente resulta observar que los tratados difieren, no sólo en la orientación o cosmovisión, sino además, en el método y —lo que es más grave— hasta en la temática misma. En gran medida ello ocurre, como agudamente señala Marcel Prelot, porque su contenido ha sido absorbido, ora por el Derecho, ora por la Economía, ora por la Sociología, convirtiéndola en una “teoría residual” condenada a sintetizar conocimientos de ajena raíz. Situación incómoda e inestable, pero explicable, si consideramos la mayor antigüedad y consiguiente madurez de las otras ciencias sociales.

Pero el cultivo de las disciplinas accesorias —sostiene Ernesto Palacio— no implica necesariamente el conocimiento de la realidad política, ni da autoridad para opinar sobre ella, así como el conocimiento de las reglas gramaticales no confiere aptitud para juzgar a Shakespeare. Cuando las nociones económicas y jurídicas no están vivificadas por la versación política y cuando el saber gramatical no está al servicio del sentimiento estético, lejos de ayuda, son obstáculos para el conocimiento, pues llevan en sí mismos la tentación de aplicar a la realidad viva el patrón de una letra muerta. Entre un filósofo político y un constitucionalista, existe la misma relación, en orden al conocimiento, que la que puede haber entre un biólogo y una partera.

Georges Burdeau ha sintetizado admirablemente por las dificultades que atraviesa esta rama científica, caracterizándola como imprecisa, joven, frágil y desgarrada. *Imprecisa*, porque su objeto propio continúa controvertido. *Joven*, en cuanto desea ser autónoma como marco objetivo del saber y no lo consigue plenamente. *Frágil*, por la magnitud de lo que pretende abarcar, magnificada por la desproporción existente entre las técnicas de que dispone, y la envergadura de su propósito. Finalmente, sin límites fehacientemente determinados, llevada por vocación a hacer del entrometimiento un método, y de la simple afición una cualidad científica, la Política es, además, una ciencia *desgarrada*.

Todo ello ha afectado a la unidad disciplinar y, por ende, a la “imagen” que proyecta de sí misma; problema lamentablemente acentuado por

muchos especialistas que no siguen ningún plan definido ni parecen conocer límites en sus indagaciones. A este propósito Georges Lavau indica que el *political scientist* reivindica un derecho a la curiosidad casi universal; lo que para nosotros constituye, tal vez, un pecado de inteligencia. Generalizando las causas que obstaculizan la armadura unitaria de la Ciencia Política, Pablo Lucas Viedú enumera las siguientes:

- a) Resistencia de otras disciplinas a la sustantividad de la Política.
- b) Partidismo ideológico y lucha de intereses de sus especialistas.
- c) Prejuicios valorativos de diversas concepciones del mundo.
- d) Proximidad de la investigación con la política concreta.

Los expertos, reunidos en París en 1948, por iniciativa de la UNESCO, participaron de un coloquio donde, inspirados en el empirismo anglosajón, no se trató definir *a priori* la Ciencia Política sino enumerar y clasificar sus principales problemas, cuyos rubros mayores son: 1) Teoría Política; 2) Instituciones Políticas; 3) Partidos, grupos y opinión pública; 4) Relaciones Internacionales. Sin desconocer el valioso aporte que representa clarificar un panorama, entonces más sombrío si cabe, como el papel de guía para futuros desarrollos académicos, no podemos silenciar lo insatisfactorio del planteo. En efecto, ese listado se practicó con el talante de clasificar temas relevantes, delimitando sólo el objeto material de los estudios políticos, pero no ataca de raíz el problema epistemológico: la delimitación del objeto formal de la Ciencia Política.

Habiendo ya sugerido algunas aproximaciones epistemológicas al estudio de esta disciplina, cabe intentar —ahora sí— una división de su contenido, con un afán meramente ordenador y enunciativo:



La Ciencia Política General se refiere al fenómeno político *in genere*, sin referencia al tiempo, al espacio ni a la órbita especializada de aplicación; mientras que la Ciencia Política Especial estudia el fenómeno político en su

concreta referencia espacial, o bien conforme al sector funcional que le compete dirigir.

La importancia y la misión del método ha sido exagerada desde Descartes hasta Kant y sus discípulos. Del primero dice Castellani que es el suplantador del hábito (*hexis*) intelectual por el método; de esa condición dinámica de nuestro intelecto que lo habilita en orden a un reino del saber por un picaporte universal (*ganzúa*), conjunto de reglas y estrategias para conquistar el saber por sorpresa. Kant, por su parte, al clausurar la indagación del *noumeno* (cosa en sí) desconectó parcialmente al sujeto del objeto del conocimiento, permitiéndole sólo aplicarse a la manifestación de los entes. Las categorías kantianas constituyen un mero ingrediente apriorístico que, para ordenar fenómenos, añade la mente desde dentro. De allí que los neokantianos de las "teorías puras" agotaran toda preocupación científica en las indagaciones metodológicas, obteniendo productos —al decir de Faustino Legón— de limpieza incontaminada, esmirriados y quebradizos, aunque traslúcidos.

Otra dificultad, aunque ya menos frecuente, ha sido planteada por los naturalistas y los psicologistas, en su ambición de aplicar a la Política las leyes de la naturaleza física o psíquica, respectivamente. Contra tales posturas ha reaccionado el escolasticismo —especialmente por obra de Etienne Gilson— postulando la necesidad ontológica de un correlato objetivo del pensamiento y, por consiguiente, de la subordinación de la preocupación metódica a la naturaleza del objeto. Dado que la Ciencia Política no ha elaborado totalmente su propia metodología especial, debe recurrir con sumo cuidado a los métodos de la Sociología y de la Economía, en la medida de la adaptación que toleren.

Nuevos embates han surgido en los años recientes, muy especialmente en lo que atañe a las técnicas de planificación y decisión políticas, por parte de quienes utilizan las matemáticas en la predicción de la actividad pública, sin los ajustes pertinentes. Sin negar la validez de las aproximaciones conjeturales, basadas en leyes estadísticas o en la teoría de juegos, es cosa muy diferente —reconoce Bertrand Jouvenel— la aplicación de fórmulas por los *social scientists* no matemáticos, quienes no siempre las aprecian como configuración de hipótesis sino como recetas mágicas. El propósito de toda cuantificación a ultranza conduce a convertirla en un lecho de Procusto. Es totalmente inverosímil que una expresión simbólica nos permita develar el porvenir y, quienes así lo creen, en otros tiempos, habrían creído en brujerías.

La versión englobante del universo político reclama un espíritu de síntesis, ya que consiste en reconstruir, por un acto de la inteligencia, la unidad racional de una infinidad de fenómenos que el conocimiento directo o la experiencia inmediata no nos entrega sino dispersos. Tal papel que muchos le asignan a la Ciencia Política toda, no es sino el que compete a su parte sistemática, núcleo teórico vertebrante del saber empírico parcializado. Vana tarea sería, empero, la del generalista, si lo político no configurara una esencia inmutable, que la Filosofía desentraña. En tal supuesto, la síntesis mental no pasaría de representar una cómoda falsía, sin correlato objetivo alguno. Es en la condición que la esencia de lo político permanezca idéntica en el espacio y en el



tiempo —sentencia Julien Freund— a pesar de la diversidad de regímenes o de las tribulaciones históricas, cómo es posible la Ciencia Política.

Es más, de acuerdo a José Antonio Maravall, sin teoría no hay hechos (en cuanto objetos de una ciencia), puesto que sin recogerlos y ubicarlos en el contexto interpretativo, aquellos pasan inadvertidos y se tornan irrelevantes, aunque posean una presencia sensible. Sin previas guías teóricas no podremos encontrar nada, ningún objeto se presentará a nuestra observación, ni tendremos orientación alguna sobre cómo y dónde ir a buscarlo. Sólo quienes trabajan al margen de la ciencia moderna, no advierten que las percepciones, muchas veces, son rechazadas por demasiado improbables, siendo casi siempre corregidas por los resultados dictados por la teoría del error probable en la observación empírica.

La antipatía que algunos profesan por las abstracciones de la teoría, Arnold Brecht la distingue de otra aversión distinta basada en confundirla con las ideologías. Sería un grave error pasar por alto, sin más, las teorías de nuestros adversarios, considerándolas meras ideologías o construcciones propagandísticas. Cuando nos topamos con alguno podemos preguntar si es eficaz o no, pero no solemos preguntarnos si es "correcta". En cambio, si nos encontramos ante una teoría científica, la primera pregunta a formularse es la que se refiere a su veracidad. Si no la tiene, será tarea de la ciencia contraponerle una teoría mejor. Pero contraponer una teoría verídica a otra falaz, es bien distinto que combatir una campaña de propaganda con otra de contrapropaganda. Y ésta es una de las tremendas tentaciones a superar en Política.

Otros dos peligros, igualmente graves, acechan el futuro desenvolvimiento de nuestra disciplina. Uno se refiere al compromiso que los investigadores y las instituciones académicas puedan guardar respecto de las fuentes de poder, colocándose en una eventual situación de dependencia, en la medida que sus preocupaciones se destinen prioritariamente a resolver problemas inmediatos y contingentes (v. gr.: el desarrollo de un país). Otro peligro consiste en la reducción del politólogo al papel de intérprete inteligente del trajinar cotidiano, para conducir como mentor a la opinión pública, siempre atenta a esos menesteres. Burdeau no censura que la prensa acuda a colaboradores competentes, pero le parece inadmisibile la confusión de géneros. Una cosa es utilizar en un artículo la pericia adquirida en la posesión de una ciencia, y otra bien distinta asignar por finalidad de la ciencia lo que es objeto del periodismo.

Ante ambas eventualidades debemos recordar con Aristóteles que "no hay ciencia de las cosas que pasan", de modo que no es en la fugaz actualidad donde hallaremos el saber sistemático de lo político, ni menos donde podremos fundarlo causalmente, aunque podamos aprovecharla como fuente de "datos" indispensables. El experto que se limita a analizar situaciones contingentes y efímeras —advierte Burdeau— encadena la ciencia a las vicisitudes de la política menuda. La rebaja al rango de una recopilación de recetas, en desmedro de los encuadres tipológicos comprensivos.

Aun cuando estas advertencias parezcan excesivas, estimamos por nuestra parte que nunca resultarán suficientes los cuidados que se guarden para pre-

servar a la Ciencia Política —especialmente asediada por la atracción explosiva de su trama— de las amenazas presentes o futuras que puedan comprometer su unidad, su objetividad y —lo que no es despreciable— su trascendencia en el concierto de las disciplinas humanas. La humilde y silenciosa tarea del investigador, necesariamente ajena a los oropeles disonantes de la fama mundanal, no deja por ello de reservar los frutos bendecidos que premian la aventura de la inteligencia, *sine ira et studio*, con la posesión de la Verdad.



USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR